

La incidencia de las diferentes vivencias de desamparo en la construcción de la identidad sexual en cinco niños latentes



MARINA ALTMANN¹ (COORD.), GRISELDA REBELLA², FERNANDA CUBRÍA³,
ADRIANA GANDOLFI⁴, LUISA PÉREZ SUQUILVIDE⁵, MARÍA BORDABERRY⁶
Y PEDRO MORENO⁷ (GRUPO DE INVESTIGACIÓN
CLÍNICA EN PSICOANÁLISIS DE NIÑOS)

A un niño se le dan múltiples hilos, esos hilos son de diferentes colores, depende de la edad de los padres cuando ese niño nace, qué significación tiene para ellos ese nuevo hijo, los movimientos internos de la pareja y de la madre en esa etapa. [...] El niño nace y está inserto en un momento especial de la estructura familiar. Y cada niño teje su propio tapiz.

Joyce McDougall

- 1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. marina.alt.li@gmail.com
- 2 Miembro asociada de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. grisr@netgate.com.uy
- 3 Miembro asociada de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. fecubria@vera.com.uy
- 4 Analista en formación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. agandolf23@gmail.com
- 5 Miembro asociada de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. luisaperez1@gmail.com
- 6 Analista en formación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. mariabordaberry@hotmail.com
- 7 Analista en formación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. epmoreno@vera.com.uy

INTRODUCCIÓN⁸

Algo de historia

En dos oportunidades hemos publicado avances de nuestra labor en el Grupo de Investigación Clínica en Psicoanálisis de Niños (Altmann, 2015, 2017). Al inicio nos preguntábamos por el lugar de la sexualidad infantil y las características de nuestro trabajo en ese ámbito en las últimas décadas. Para ello, y enmarcando nuestra investigación en el estudio de caso único, tomamos los trabajos presentados para acceder a miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU) y de otras instituciones psicoanalíticas. Luego de un relevamiento general, decidimos elegir material de análisis de niños de entre 6 y 10 años de edad al inicio del tratamiento. La selección fue determinada por la mayor cantidad de casos disponibles en esa franja etaria en el grupo total. En la primera etapa, abordamos los procesos de tres niñas (Altmann, 2015), y en la segunda, los de tres varones (Altmann, 2017).

Luego de un extenso recorrido bibliográfico sobre la etapa de la latencia, que abarcó desde los primeros planteos freudianos a propuestas actuales de diversas líneas teóricas, nos formulamos las siguientes preguntas: ¿Cómo trabaja cada analista la sexualidad infantil? ¿De qué manera se utilizaron las interpretaciones sexuales? ¿Cómo colaboraron estas en la estructuración psíquica?

Definimos entonces, operativamente, la variable «interpretación sexual» (Altmann, 2015). Desde ese lugar, observamos cómo estas interpretaciones colaboraban en la estructuración psíquica de las tres niñas en el tránsito por sus análisis. Nos encontramos con que fueron fundamentales en relación con la construcción de su identidad sexual. Esta observación determinó que a la hora de elegir tres casos de varones, tomáramos aquellos en los que, desde el motivo de consulta, la identidad de género estuviera en cuestión.

Avanzando en el análisis de los distintos materiales, nos topamos con un común denominador, la no disponibilidad parental y la falla en las

8 Agradecemos enormemente a los analistas de estos niños, que generosamente nos brindaron el material de su trabajo.

funciones de sostén y de corte. Estas, aunque configuradas de distinta manera, eran concordantes con carencias de estructuración psíquica en estos niños.

EN ESTA OCASIÓN

Metodológicamente, no definimos el desamparo como una variable, sino que nos propusimos rastrearlo de manera descriptiva en el nivel experiencial, el de la vivencia clínica en el encuentro con el material de la manera más despojada posible.

Observado desde las teorías implícitas y explícitas del analista y de los observadores, la noción de desamparo no aparece exactamente igual en los diferentes casos, si bien se aproxima mucho, y esto depende del contexto en el que este concepto se articula.

Adscribimos el desamparo a la relación con el otro primordial, cuestión que Freud destacó al resaltar la prematuridad del bebé, que depende enteramente del otro para sobrevivir (*Hilflösigkeit*). Pensar de esta manera el desamparo nos remite al inicio de la vida, cuando el psiquismo comienza a estructurarse dando lugar al surgimiento de la identidad. Esta se constituye al amparo de la relación con el otro. El par amparo-desamparo quedará desde ese momento ligado en una alternancia inevitable, y las vivencias de desamparo se harán presentes toda la vida en situaciones límite... «La necesidad de ser amado [...] ya nunca abandonará al hombre», dice Freud (1926 [1925]/1976d). A lo largo de la vida, el amparo necesario tomará formas muy diversas. En el niño, el amparo psíquico estará presente de acuerdo con las posibilidades de los padres y del ambiente de cumplir con especialísimas y diversas funciones parentales. El ambiente incluirá en la latencia las instituciones de referencia, los lugares sociales que el niño habita, ya que estos en parte heredan funciones de protección, sostén, habilitación y establecimiento de límites.

La construcción de la identidad se dificulta frente a la falta de amor y la ausencia de la mirada de otro en la que el niño pueda encontrarse y ser espejado en sus afectos, así como frente a la imposibilidad del entorno de limitar y proteger de los excesos, situaciones que dan lugar a distintas formas de ser desamparado y diversas formas de experimentarlo.

En cada uno de los casos, el concepto de desamparo se nos hace presente a través de distintas vivencias; algunas remiten a las carencias ambientales, otras, a insuficiencias intrínsecas del aparato psíquico. Para algunos autores, como Luis Hornstein (1988), la evolución del desvalimiento original es indisociable de la constitución del sujeto, y su consideración no es posible aislada del Edipo y sus grandes ejes: identidad y diferencia, deseo y prohibición, yo y alteridad. El desvalimiento como experiencia puede relacionarse con un déficit en la historia libidinal e identificatoria, un tránsito que no proveyó recursos para lograr una organización compleja que no dejara al sujeto demasiado expuesto a los vasallajes del cuerpo, de la realidad o del sistema de valores.

La modalidad con la que el sujeto enfrente sus distintos desamparos dependerá de la vulnerabilidad personal relacionada a los particulares acontecimientos traumáticos de su vida. Estos podrán resonar tanto en su mente, en sus fantasías, en su capacidad simbólica o no, como en las acciones realizadas a partir de los efectos en su cuerpo, en relación con las diferentes personas u objetos «amparadores» que se le presenten. El desvalimiento remite a un déficit en la historia libidinal e identificatoria que no proveyó recursos y no permitió la constitución de una organización más compleja.

El intento de comprender estas vicisitudes nos llevó a poner énfasis en distintos marcos teóricos a la hora de intentar comprender los aspectos psicodinámicos implicados.

Nos preguntamos: ¿En los materiales observados encontramos alguna relación entre las particulares formas del desamparo y la construcción de la identidad, en particular, la identidad sexual? ¿Qué tipo de angustias están implicadas en estas vivencias y qué defensas se ponen en juego? ¿Cumple la relación analítica en su aspecto «amparador» una función estructurante? ¿De qué manera?

Intentamos en nuestro trabajo acercarnos a estas interrogantes a través del recorrido por algunas viñetas de cinco de los casos analizados (las tres niñas y dos de los varones), observando las diferentes vivencias de desamparo y la forma en la que incidieron en la construcción de la identidad sexual.

PRIMERA PARTE: LAS NIÑAS

El desamparo de la ruptura en la continuidad existencial

A, tiene diez años al comenzar el análisis. La familia ha vivido múltiples cambios de lugar de residencia. El padre sitúa la problemática entre la niña y su madre. Esta no recuerda a su hija de bebé. Dice que no la aguanta, siempre pidiendo, llora, grita, «no besa, sino que pega». La analista la ve como «una mamá con serias dificultades para sostener y continentar angustias y agresiones de la hija».

La niña es presentada como tosca y permanentemente pegada a un objeto extraño que la acompaña. Se siente «mala». Tiene dificultades para separarse al final del encuentro. Se muestra, en su mirada, defensivamente distante, tanto que la analista se pregunta si estará escuchando.

Nos ubicamos, desde el principio, frente a una historia de desarraigos que afectaron el necesario amparo territorial que da cierto marco estable al niño mientras se va estructurando. A esto se suma la falta de sostén parental, que será determinante de experiencias de falta de continuidad de su existencia psíquica.

En el primer encuentro, A dice con angustia que tiene miedo a los animales y que a veces por eso no sale, no le gusta que le pase eso. Se defiende pegándose a la madre. Parece no poder separarse de la madre externa por no haber podido introyectarla como un objeto que la pueda proteger desde adentro, situación que la deja peligrosamente en manos de sus terrores internos. Intenta desembarazarse de ellos proyectándolos en objetos externos, movimientos que «la llevan a estar cerca de otro peligro: quedar pegada y carcelera en la relación con la madre. Situación atrapante que desea y teme al mismo tiempo».

A se defiende de diversos modos; uno de ellos, la regresión. Se recuesta, desconectada, y se chupa el dedo. La analista plantea que son momentos de ruptura con el ambiente, en los que parece no ver ni oír. Parecería que para no «caer en un desmoronamiento, en una ruptura de su ser», se desconecta, forma primitiva de buscar amparo en el replegamiento.

También observamos defensas predominantemente primarias, como la identificación proyectiva, proyección, escisión, regresión, junto con otras más evolucionadas, como mecanismos de represión y sublimación.

Estas surgen en concordancia con el momento del proceso, las vicisitudes transferenciales y las ansiedades predominantes.

En una sesión paradigmática, A, enojada por una interpretación que alude a otro paciente, se va diciendo: «Te odio». La analista comenta:

Al pasar unos minutos que se fue, bajo por tener un intervalo, la veo esperando a la madre, ha venido un viento muy fuerte, y ella a la intemperie. Le digo: «A, podés subir a esperar a tu madre a la sala de espera, acá hace mucho frío». Me mira sorprendida, como esperando que yo le devolvería la agresión que ella siente me está haciendo. Tímidamente responde: «¿Puedo?».

Momento de repetición en la transferencia de sentimientos de desamparo y soledad que tienen chance de reescribirse de otra manera.

Concomitantemente con estas vivencias de soledad, en el proceso analítico surge material de «problemas con sus amigas», en el que predomina quedar «ella excluida», vivencia vinculada a sentimientos de desamparo. Por momentos, no parecía sentirse amparada ni desde adentro, de donde «salían» «elementos malos», ni desde afuera, esfumándose los límites estructuradores.

Más adelante en el análisis, exhibe elementos vinculados con su femineidad. A construye una flor calada, con distintos planos superpuestos que le generan a la analista la sensación de espacio y contenidos internos. Interpreta:

La flor es como si fueras tú, A. Y ¡Qué interesante cómo la vas haciendo! Empezaste con un agujero, como los agujeros del cuerpo de las niñas, de la mujer, y cuántos contenidos importantes adentro, lo que contiene ese interior.

La niña responde al rato respecto de una muñeca: «No me gustó cómo era desnuda». La interpretación toma lo transferencial, le pone nombre, lo articula con los agujeros y los diferencia con el exterior y lo interior, nombrando contenidos adentro y fuera del cuerpo. Luego peinará a la muñeca.

Acordamos con la analista en que A rechaza, no queriendo ni pudiendo ver los agujeros de las mujeres, tapándolos porque «reactivan agujeros de su “ser”», y la envidia del pene. Será luego que intentará «reparar» desde

afuera lo feo, desplazado a la muñeca, peinándola. Así, A ha destrozado muñecas sintiendo que lo hace/n con ella misma, y paulatinamente podrá jugar a cuidarlas, mostrando que ha podido interiorizar un importante aspecto cuidador.

La analista fue trabajando, juntos, aspectos primarios, envidiosos y vivencias de desamparo y castración. Parecería que el análisis de estas vivencias habilitó la aparición de material respecto al «ser niña», mostrando que se fue produciendo una construcción de la identidad sexual de A, que resulta en que se presente como una niña.

El trabajo con los aspectos más primarios en juego que primó en este análisis, en torno a vivencias de desintegración y la no adecuada configuración de un *self* cohesivo, posiblemente por insuficiente narcisización parental, no hizo a un lado simultáneamente la labor con vivencias de envidia fálica que ella trae desde los primeros encuentros.

En la transferencia se oscilaba entre momentos de fusión-separación. Es por ello que se precisaba un objeto que habilitara una función estructurante, pensante y no desorganizadora que le permitiera sentirse psíquicamente no abandonada. La analista trabajará más adelante la relación con el mundo externo, que era vivido como amenazante, junto con experiencias de su interior como vacío y vivencias edípicas y de constitución del interior y exterior del cuerpo femenino. Creemos que, enlazado a un desamparo primario, existía un desvalimiento vinculado a una situación edípica compleja, con una diferencia particular y cualitativa de la exclusión.

La vivencia de desamparo frente a los padres en duelo

B tenía siete años cuando los padres consultaron, derivados por la psicóloga del colegio, que observaba una mala relación con la maestra y con sus pares. Única hija mujer, los padres la describían como disconforme con ella misma.

Su nacimiento coincidió con un año de duelo para los padres por pérdidas significativas de figuras femeninas en la familia.

En la primera entrevista, observamos un desencuentro entre la paciente y sus padres: ella reclama atención, habla de vida, y los padres se refieren a sus duelos, hablan de enfermedad y muerte. Parecen no poder escucharla-sostenerla. B, enojada, se defiende de ese desencuentro

insistiendo con sus dibujos de frutas podridas, con dientes, monstruos, buscando que sus lados hostiles sean escuchados.

Nos preguntamos cómo habrán sido esos primeros tiempos de B. ¿Cómo construir la identidad sin una mirada que sostenga? La no disponibilidad de los padres, desbordados por el duelo, produce vivencias de desamparo, que en este caso cobran la forma del sentirse no escuchada ni mirada.

Al terminar la entrevista, le dio a su padre un dibujo mientras le decía: «Esto es un monstruo; esta, la explosión, explotó la casa. Yo me salvé porque no me hice nada para mí».

Podemos pensar que, en gran parte, B «se salva» por sus recursos internos. La simbolización implicada en el dibujar habilita cierto control de ansiedades desbordantes. Estos «desbordes» así representados pueden estar relacionados con la angustia de los padres, que someten a la niña a la inoculación de contenidos emocionales difíciles de procesar, en este caso, vinculados con la muerte y el duelo.

¿Cómo influyó el desamparo generado por el duelo de los padres en la construcción de la identidad sexual? En los primeros tiempos del análisis, B muestra su deseo de ser aceptada por su analista con toda su rabia y enojo, así como su deseo de ser «contraria», diferente de lo que es.

La analista transmitía que desde un primer momento se le jerarquizó lo difícil que era para esta paciente ser una nena. B quería curar eso que sentía distinto en ella, la rabia que la hacía arrancarse los mechones. No quería ni el color ni los rulos del cabello parecidos a los de su madre. Se sentía contraria, expresaba dificultades en el logro de sus identificaciones femeninas, ya que esto implicaba entrar en la cadena generacional femenina familiar, marcada por la muerte.

Alrededor de dos meses de iniciado el análisis, B no quiere entrar al consultorio. Empieza a volcar todo su enojo en la analista y solo entra con la madre, dirigiendo hacia ella todo el amor. Por cinco meses la madre ingresa con la niña a sesión. Pasarán a ser: mamá y la bruja. La analista debe hacer variaciones en el encuadre y traer materiales a pedido de B. El padre también asiste cuando el análisis está por finalizar.

En una sesión en la que quiere atacar fuertemente a la analista, expresará:

B: Tú no tenés una mamá que te dé un beso de noche para irte a dormir.
 Analista: Te importa que una mamá no tenga mamá que le dé un beso de noche.

B ponía en su analista lo que temía que le pasara a ella, como le pasó a la madre, perder a su mamá.

Esto se puso también en juego en la separación por las vacaciones de verano. La analista interpretó su temor a no volverla a ver después de las vacaciones. B se mostró cada vez más ansiosa; dijo: «Me vino un ataque de locura». La analista en su interpretación lo vinculó con el temor a quedar loca-rayada porque sentía que en las vacaciones no la iba a cuidar.

En muchos fragmentos de sesiones aparecen juntos aspectos libidinales anales y fálcos. La separación se hace presente enlazándose con las pérdidas y las vivencias de abandono y desamparo que provocan desbordes en sus fantasías en relación con el cuerpo femenino. B busca desmentir la ausencia y la castración.

Sobre el final del análisis, B muestra que se valora y valora a sus padres, puede integrar aspectos de ellos a través de identificaciones que la fortalecen, reconociéndose mujer. Esta transformación habla de que, a través del proceso analítico, se han creado formas de encuentro habilitadas por el trabajo en conjunto con los padres en las sesiones.

Expresiones como la «cucha», la «almohadita», lo que «necesita para vivir» parecen remitir a las vivencias de amparo que logró en el análisis y que le permitieron procesar sus dificultades a nivel de sus identificaciones sexuales.

B da cuenta de su ubicación en un lugar femenino valorizado al decir: «Ahora soy una nena contenta». «Él [papá] me dice que soy la nena más linda del mundo».

Retomando nuestra pregunta acerca de cómo construir la identidad sin una mirada que sostenga, pensamos que, posiblemente, la no disponibilidad de los padres en duelo produjo un desencuentro en el vínculo con la niña, generador de una vivencia de desamparo del que B se defendía expresando la rabia por no ser escuchada.

La proyección de vivencias de duelo de los padres posiblemente ha sobrecargado el psiquismo de la niña, generando zonas donde quedaba

imposibilitada de identificarse con lo femenino. Ser nena podría implicar ubicarse en la cadena generacional de mujeres de la familia, que estaba marcada por la muerte desde el discurso parental.

La paciente buscó y encontró en la analista una vía para canalizar el enojo que los padres todavía parecían no poder ver. Proyectó en la analista todo su odio y su temor a quedar atrapada en un vínculo primario. Mostró dificultad para separarse de la madre con importantes temores a la pérdida del objeto. En la transferencia, desde un primer momento pondrá en juego sus temores a no ser aceptada por la analista.

El vínculo analítico logró dar un lugar al lado más «fatal» de la paciente. A la vez, los padres, habilitados por el espacio de amparo que brindó el análisis, trabajaron junto con su hija y lograron otras posibilidades de acercamiento y comprensión.

La nena «contraria» y enojada era al final del tratamiento «la nena contenta más linda del mundo».

Las vivencias de desamparo como efecto de los temores parentales

C, de siete años y medio de edad, fue derivada para iniciar un análisis, debido a que sus problemas en el área motriz y el área del aprendizaje, que habían sido evaluadas, no daban cuenta de las dificultades de integración y la falta de interés en lo escolar que presentaba. Ella les decía a los padres: «¿No me comprenden que no quiero aprender?».

Por motivos laborales, desde los cuatro años de C, el padre permanecía por períodos lejos de la casa familiar, y cuando retornaba, sentía que al llegar cumplía la función de apagar «los fuegos grandes» entre ella y su madre. El lugar de tercero del padre era inestable para la niña; en buena medida, por las dificultades de la madre para sostenerlo. Esta tenía muchos miedos relacionados con su propia sexualidad infantil que eran proyectados en la niña y quería protegerla de experiencias sexuales precoces y disruptivas; temía mucho lo que definían como «las cosas raras de C».

La analista la presenta subrayando sus ojos rasgados, su sonrisa y la capacidad de entrar en contacto con ella. Más adelante, destacará su gran capacidad para transmitir gestualmente sus emociones.

En la primera entrevista realiza un amasijo de trozos de papel y cinta adhesiva. Lo que en principio iba a ser «una mariposa para dársela

a mamá» termina por parecer «la cara de un avestruz», que piensa que quizás no le guste a la madre.

La niña le transmitía a la analista un funcionamiento «raro», que ejercía sobre ella un efecto de «desconcierto». Pensaba en la mariposa como un significante que aludía a ser «femenina y hermosa», «vulnerable y efímera», «flor de un día condenada a morir». Hace una primera hipótesis en relación con el padecimiento de la niña: habla de «conflicto de separación-discriminación, e integración de la personalidad». Plantea una ruptura en la continuidad existencial de la niña, relacionada con el cambio brusco del entorno de la casa, «que ocasionó en ella un efecto de fractura y pérdida». Encontró que «en el marco de un núcleo básico integrado, parecía lidiar con aspectos de sí misma y de su historia que vivía como disociados». Las dificultades de separación-crecimiento, que vivía como pérdida dolorosa, se veían intensificadas porque en algún nivel la niña lo registraba como algo no deseado por la madre.

El primer tiempo del análisis se caracterizó por el trabajo sobre las dificultades para separarse y crecer. En una sesión, dice: «Siempre me tengo que separar de todo; si no es por casa, es por el colegio». Usa cascola que chorrea y pegotea, se unta con esta las manos, espera que se seque y la despega como una piel que despelleja. Dice: «Vos sos el álbum y yo el sticker».

La analista interpreta: «Te sentís pegada a mamá, a mí, y separarte es quedar sin piel. Crecer es como quedar despellejada... por eso tal vez te duele y te cuesta crecer».

Luego, la niña golpea objetos haciendo mucho ruido, tira útiles, grita, sale del baño con un trapo chorreando agua, canta: «Patata quiero caca, patata quiero caca», se cuelga del pizarrón. «A la puta, me estoy cayendo», dice. Todo se tambalea.

La analista la sostiene mientras pone límites con serenidad; C se va tranquilizando. Luego, le interpreta sus celos y voracidad. Se juega en transferencia una función de sostén y significación. Junto con las vertientes edípicas, celos, rivalidad con los otros pacientes, muestra aspectos desorganizantes más primarios.

Luego el análisis tocará la necesidad de un padre y una analista en función paterna que separe, ordene y dé un lugar claro y discriminado a cada uno de los integrantes de la familia.

Un tiempo después, a raíz de la movilización que produce el diagnóstico de cierta dificultad específica del lenguaje, surgen en el análisis momentos de gran desorganización e intensas ansiedades que repercuten en la contratransferencia y son vividas por la analista como un «estado confusional compartido». Etapa de trabajo intenso que permitió integrar aspectos escindidos de la personalidad, dando lugar a importantes transformaciones que permitieron desplegar el deseo de aprender muy ligado a la curiosidad sexual. Se presenta la temática del colecho con la madre, el olor a nena, a varón.

Se despliega en el análisis el deseo de saber sobre el amor, explorar su cuerpo, develar misterios, saber de las diferencias sexuales.

Sobre el final del análisis, C recuerda junto con su analista distintos dibujos realizados en sesiones a lo largo del análisis, a los que dio nombres. La analista interpreta: «¿Me acordaré de ti cuando terminemos? ¿Quedará de ti en mi recuerdo? ¿Quedará de mí en el tuyo?». Entonces C se ríe pudorosa y comienza a cantar reiteradamente el estribillo de una canción: «Se proyecta a la vida, mariposa multicolor», y que ella modifica diciendo: «Se proyecta a la vida, mariposa de mi color».

El cambio en la letra de la canción da cuenta de la transformación que el análisis ha producido en C. La niña mal integrada, adherida a la madre, confundida y con vivencias de locura ha dado lugar a una púber curiosa y cómoda en su cuerpo femenino, que se apronta a seguir creciendo a su modo y «color». La mariposa es un significante que atraviesa todo el análisis y da cuenta de cómo se pudieron ir modificando las imágenes de sí misma.

El restablecimiento del lugar del padre en la familia, favorecido por el trabajo de entrevistas realizadas, los momentos en los que la mente del analista junto con la de C fueron capaces de integrar aspectos de su sí mismo clivado, y el despliegue en la transferencia de la función de corte fueron decididamente estructurantes del psiquismo de C y colaboraron en el establecimiento de una identidad sexual en la que los aspectos vitales fueran centrales.

La inestabilidad, fragilidad, el temor a no ser querida y a la locura pensamos que llevan implícitas vivencias de desamparo. Es posible pensar que la madre, al adherirse a la niña, la erotizaba, pero teniendo fantasías terroríficas acerca de lo sexual infantil, no podía sostenerla narcisísticamente, en tanto inoculaba imágenes perturbadoras que obstaculizaban las posibilidades de lograr una identidad femenina positiva. La disponibilidad

psíquica materna podría, entonces, quedar interferida en su posibilidad de ser sostén para ansiedades primarias. El padre, transmitido como dependiente y mal situado como tercero por la madre, no aportaba al establecimiento firme del amparo parental, lo que se podría traducir como falta de amparo psíquico.

Podemos inferir que la función analítica cobró valor de amparo para los padres y permitió recobrar sus lugares y funciones, y para la niña, tan necesitada de un proceso analítico, pudo permitir una mejor estructuración psíquica.

SEGUNDA PARTE: LOS VARONES

Las vivencias de desamparo frente a la intrusión sexual

D tiene siete años al iniciar el análisis. Los padres plantean una serie de síntomas e inhibiciones. Principalmente, encopresis primaria, dificultades en el desempeño escolar y miedos. Tienen dudas en relación con su identidad sexual. Trasmiten una gran desvalorización del niño.

En la primera entrevista, el niño despliega un juego desbordante, pero simbólico. Se destaca su amaneramiento. Las confusiones de sexo y generaciones son insistentes, así como la profusión de elementos anales. Se va desorganizando progresivamente y sobre el final expresa sentirse raro, «un extraterrestre», «al revés»... «con las manos en los pies». Todo se cae, ilustrando su sentirse sin sostén alguno.

Los primeros tiempos del análisis giran en torno al deseo de ser mujer y ser varón al mismo tiempo, los temores persecutorios que despiertan estos deseos, la inconsistencia de los padres a la hora de ejercer una interdicción y la vivencia de locura que le produce. D trasmite sentirse seducido por los padres y que se va a la cama de ellos, invitado por ellos. «Me gusta mucho y no me gusta nada», dice.

Construye un personaje «osito cabezón». Es hombre, es mujer, es un conjunto de piezas que se vuelven desarmables.

«Una pregunta: ¿De qué tengo forma?». «De una persona», se contesta.

El material sugiere una indiscriminación mayor a la que se produciría en un nivel fálico. Se ponen en juego identificaciones primarias fallantes, un cuerpo que se desarma, tres cuerpos en uno, multiplicidad de genitales,

deja dudas de que el paciente se sienta «uno». Está a la búsqueda de vivirse como «una persona».

Poco después, D se duerme en una sesión. La analista lo relata como un mecanismo de evasión, pero también un movimiento dentro de un vínculo transferencial que se vuelve más confiable. D se entrega al cuidado de otro en la vulnerabilidad del sueño y tiene la posibilidad de vivir la experiencia transferencial de un vínculo que ampara.

Un tiempo después, trabaja en una sesión con una enorme masa informe de plastilina. Dice la analista:

La masa informe aparece como lo no discriminado. Los tres en la cama. La masa parental lo puede dejar incluido en el discurso parental que conocemos. Pero de la masa puede surgir también un sujeto distinto, «un árbol precioso».

A un año y medio de empezar el análisis, la analista consigna que los personajes van haciéndose claramente femeninos o masculinos. En una sesión habla de geometría. Las líneas son sucesiones infinitas de puntos, sin principio ni fin.

D: Esta raya no tiene principio ni fin pero si le ponemos unas rayas acá tienen principio y fin [dice marcando dos puntos A y B que determinan un segmento de recta].

Analista: ¿Si la limitamos?

D: Bueno... eso quería saber. ¿Quién soy, Osito Cabezón?

Límites, separación, mayor discriminación, auguran la posibilidad del logro de una identidad más firme. La identidad sexual se construye en diálogo con identificaciones primarias que se consolidan.

La necesidad de ser persona discriminada de los otros, que no está consolidada al inicio del tratamiento, se va construyendo en el tránsito del análisis, en el marco de la relación transferencial que le brinda la posibilidad de la experiencia de un amparo más adecuado.

El desamparo de D parece ser producto de fallas en las funciones parentales, aquellas que hacen a la interdicción de lo incestuoso, y a la alie-

nación producida por funciones especulares, que en este caso se expresan devolviendo una imagen desvalorizada, deteriorada y muerta.

Las vivencias de desamparo y su relación con el dolor psíquico

Cuando llega al análisis, E tenía ocho años y medio, y se encontraba cursando 2º año en una escuela bilingüe con un bajo rendimiento, aunque este podía ser excelente. E es el mayor de tres hermanos.

Los padres, sin hablar, le entregan a la analista un sobre que contiene un informe psicológico. Ella, excesivamente maquillada y cuidada en el vestir, fría y distante, no denota angustia en la descripción de E, pero parece afectada por los efectos que le causan sus trastornos de conducta.

«Hércules» es el sobrenombre que estos padres eligieron para él desde pequeño. Como al pasar, la madre dice «es amanerado para algunas cosas», y el padre agrega: «Sus gestos son idénticos a los de su abuela materna».

De la historia familiar, la analista destaca que el padre fue abandonado por su madre cuando tenía cuatro años y que su padre murió unos pocos meses antes del nacimiento de E. La función materna para este padre fue ejercida por el abuelo materno, y la función paterna, por la abuela paterna.

Nos preguntamos si desde lo transgeneracional podríamos pensar en una marca del desamparo en el padre que precede a E. Asimismo, este queda inscripto en la cadena generacional como el hijo varón, el primogénito y portador del apellido, el primer nieto y primer bisnieto, el «Hércules».

En la primera entrevista con E, la analista queda impresionada por su vestir descuidado, semejante al de un niño abandonado. Bajito, de cabeza grande, con una mirada desafiante y penetrante a la vez, su cuerpo refleja por momentos una gran tensión pronta a descargarse en cualquier momento.

E se niega a los gritos a entrar al consultorio, lo que evoca en la analista la imagen de un puercoespín que pincha y ataca. Su tardanza, la intensidad de sus gritos y sus expresiones le revelan un gran monto de angustia que va configurando en ella un sentimiento de pena y de dolor por la desesperación de sus llamados, que la hacen plantearle que puede entrar a la sala de juego con su madre.

A diferencia de la primera entrevista, en las siguientes, al sentirse seguro -¿amparado?-, E puede mostrar las cosas que le ocurren en la cabeza, sus conflictos, los aspectos nacientes en su interior que pueden generar

asco. La cabeza aparece como el lugar donde E ubica su sufrimiento y donde confluirán distintas fantasías vinculadas a su propia locura y a no ser querido, que se irán desplegando a lo largo del proceso.

La pregunta sobre quién era él precedía al síntoma por el cual los padres lo trajeron al análisis -sus comportamientos femeninos, expresados en el cambio de voz y en los modales-.

En los primeros meses de análisis, E va desplegando un dolor que surgía entramado a su problemática existencial, al hecho de ingresar en un mundo viviente, «entre las cosas de la vida» y «el planeta de la muerte», como dirá. Dolor difícil de contener, habitar y procesar por un yo frágil que hacía que E evacuara su enorme tensión psíquica a través de mecanismos de identificación proyectiva en forma de gritos y alaridos como los de la entrevista inicial. Gritos y alaridos que fueron adquiriendo con el tiempo una expresión verbal: «¡¿A vos qué te importa?! ¡Me vas a enloquecer!».

Al año del inicio, en un juego con muñecos de trapo que había roto en sesiones previas, viste al varón con la ropa de la nena.

E: El pobre no tiene cabeza. Está peor que si hubiera ido a la guerra. Tiene la cabeza rota. Se va a curar el pobre. [Le venda la cara y la cabeza].

Analista: Como lo destructivo, se puede unir y curar.

E: Ahora volvió a tener cabeza. Todavía tiene un defecto...

Analista: ¿Por qué tendrán que ponerle la ropa de la nena al varón?

E: No tengo otra, ¿qué querés que haga?

Analista: ¿No será que para salvar al varoncito y protegerlo, lo tuviste que disfrazar de nena?

E: Y si no, ¿cómo se va a salvar?! Anda chueco, enseguida lo descubren y le sacan las vendas, nadie lo quiere. A matarlo, a matarlo, ¡nadie lo quiere!

A las fallas en la constitución de su identidad primaria -no tener cabeza, tener una cabeza rota-, parece superponerse una conflictiva vinculada a su identidad sexual. E no aparenta sentirse querido ni como nena ni como varón. Aun «disfrazado» de nena, como el personaje, a través de su tono de voz y sus modales femeninos, nadie lo quiere, no tiene un lugar. E parece actuar en el juego, lo que siente «¡A matarlo!». Las fallas en los vínculos parentales con el desamparo que conllevan podrían estar vinculadas en este caso con

el dolor de no ser, que precede al ser nena o ser varón. Por otro lado, solo disfrazado de nena E parecería poder salvarse, ¿una forma de ampararse en una identificación con la madre como forma de supervivencia psíquica?

Más adelante jugará un juego peinando a la analista, a la que le hace dos colitas.

E: ¿Querés que te diga a qué estamos jugando? A la peluquera loca. Todavía no está disfrazada completa. Es más loca ahora (su voz se torna femenina). Este es el disfraz de la locura. A vos solo te importan las cosas de la vida, a mí me interesan las cosas que pasan en el planeta de la muerte.

Su juego, como el género en su discurso verbal, es femenino, él es la peluquera loca cuando su voz se torna femenina. Sin embargo, el disfraz es algo transitorio que se puede quitar y otro lo puede llevar; en este caso, la analista, a la que «le importan las cosas de la vida».

Se observa un movimiento transferencial en el que la locura puede ser un aspecto de E, un disfraz y no todo él, a la que es posible sobrevivir. En la sesión siguiente, relata un sueño en el que estaba en una isla y adentro había como un apartamento del colegio y él se había alejado de los otros. Comienza a cantar: «Yo soy, yo soy, ¿quién soy?».

Sus deseos de ser mujer se transitaron en el trabajo analítico a través de este y otros juegos femeninos a los que jugaba en ocasiones con intenso placer. En la medida que estos aspectos pudieron tener un espacio y no ser rechazados, E pudo más adelante acceder a sus impulsos bisexuales y contactar con aspectos de él mismo que antes destruía.

Más adelante, en otra sesión:

¡Vas a ver la destrucción que hago! ¡Se va a transformar! [...] Se prende todo, arden cientos de papeles. Toda la basura cae así. Todo lo que uno piensa es basura, lo vas a encontrar hecho cenizas. Son las cosas consideradas inservibles... ¡el papel...! negro... ¡el carbón! ¡Dame más papel de tu cuaderno!

La analista le señala que el cuaderno es la historia de los dos y que ella la cuida, y le interpreta que pudo expresar sus deseos destructivos a través del papel que se transformó y desapareció, pero que él sigue ahí, entero.

«¡Apagamos [el fuego]!», dice. Abre la canilla de agua. «Termina el velorio».

El dolor intolerable aparece a través de la identificación proyectiva y de la negación onnipotente del vínculo de dependencia con la analista, quizás la única salida frente a la desesperación del desamparo en el desencuentro con la madre.

En este caso, la analista, además de contener las proyecciones del paciente con su función *réverie*, habilita una transformación, establece un límite para libidinizarlo y protegerlo a él y al vínculo analítico, restituyendo una función de amparo y habilitando la posibilidad de construir otra historia.

Durante el tercer año de análisis, E puede empezar a entristecerse y a hablar de su sufrimiento, mostrando una transformación del dolor: «Sufro horrible. Mamá no se da cuenta, a mamá no le importa. Mamá y papá no se dan cuenta... Cuando yo me pongo triste, si lloro, papá se enoja». Persiste la experiencia de no sentirse mirado, empáticamente comprendido ni contenido, pero el dolor del desamparo de sentirse solo se ha transformado en una experiencia más tolerable para el yo.

A lo largo del proceso, E ha ido logrando una mayor autonomía y una que le ha permitido simbolizar sus aspectos más destructivos e ir construyendo una casa-cuerpo diferente, consolidando un «yo soy», así como una identificación con el padre y una identidad sexual masculina, expresada creativamente a través de poesías.

En una de ellas, «La higuera», una poesía que va dictando a la analista en tres sesiones diferentes, se va transformando de una higuera que crece en un basurero a un árbol muerto de ramas quebradizas y luego a uno solitario que guarda misterios en su tronco.

Hacia el final del análisis, los mecanismos de reparación han dado paso a sublimaciones con la consolidación de un yo en el que destacan contenidos valiosos.

E se ha presentado con fuertes angustias de desintegración, confusión y separación que expresaban un desamparo psíquico a través de la defensa: «un puercoespín» que atacaba y «pinchaba» cuando se aproximaba a la analista.

Estas angustias despertaron en la contratransferencia enormes vivencias de estar frente a un niño abandonado, expresadas corporal y psíquicamente. Este desvalimiento parece hacer que en la sesión predominen

momentos de descarga y repetición de lo traumático, con una gran tendencia al actuar y a la desorganización del yo. En medio de estas fuertes tendencias autodestructivas y destructivas, surgirá en el sueño y en el juego la pregunta «¿Yo soy? ¿Quién soy?».

Las identificaciones primarias aparecieron muy comprometidas. Sin embargo, a lo largo del análisis, E puede simbolizar y sublimar esta destrucción llegando a acercarse a una identificación paterna.

En el caso de E, podríamos pensar que las fallas en las funciones parentales de contención, *réverie* y de corte influyeron en la construcción de su identidad primaria, expresada en su dolor de existir y en la pregunta «¿Quién soy?». La relación analítica parece haber restituido una función de amparo con un cometido estructurante en el desarrollo de su identidad primaria y de su identidad sexual.

CONSIDERACIONES FINALES

En este trabajo partimos del concepto de desamparo y de nuestro encuentro con los procesos psicoanalíticos de niñas y niños latentes que veníamos observando desde otras perspectivas.

La pluralidad teórica propia de nuestra institución se hace presente en los trabajos de asociados, final del tránsito por la formación en APU, al igual que en los materiales que nos proporcionaron generosamente colegas de otras instituciones. Además, en nuestras reflexiones, en tanto estamos inmersos en una comunidad analítica que, sobre una firme base freudiana, ha dado lugar a las teorías de Klein, Winnicott, Bion, Lacan y al psicoanálisis francés contemporáneo.

La experiencia ha sido enriquecedora en varios sentidos. Implicó un proceso de aprendizaje, al tiempo que redimensionó la transmisión y formación analíticas al trabajar con el material que los analistas nos ofrecieron.

El par amparo-desamparo se hace presente a lo largo de los procesos analíticos de estos niños, como no podría ser de otra manera, en tanto las vivencias de desamparo tienen un carácter universal a lo largo de toda la vida del ser humano. Distintas experiencias resignifican el desvalimiento inicial y vuelve a ser necesaria la presencia de otro que sostenga y cuide –ampare– para poder sobrevivir.

Distintos desamparos

Las angustias características y defensas puestas en juego en momentos en los que las vivencias de desamparo surgen en estos niños son diversas y variables. Momentos en que ansiedades persecutorias y de fragmentación predominan junto con mecanismos primitivos como la idealización, la negación, las defensas maníacas y la identificación proyectiva, y otros en los que observamos angustia de castración y mecanismos más evolucionados, que implican la represión en juego. Distintas formas de desamparo convocan unas u otras formas de angustia y de defensas relacionadas.

AMPARO-DESAMPARO DE LOS PADRES. Estas vivencias de desamparo en relación con el contexto familiar, las vicisitudes de las crisis vitales y eventos traumáticos por los que transita la familia o el propio niño en ocasiones sin que sean percibidas. El impacto de acontecimientos como el desarraigo de la familia de A y la muerte de los abuelos de B y E pudieron generar en los padres un desamparo que limitara su disponibilidad afectiva y mental hacia el hijo. Esta disponibilidad parental podrá estar interferida de manera transitoria o en forma más estable, de acuerdo a los recursos psíquicos de los padres y a su psicopatología, afectando la estructuración psíquica del niño. Observamos que la fragilidad del que sostiene, el otro que ampara, ocupó un lugar central en este proceso y en las características de las vivencias de desamparo de estos niños.

El trabajo con los padres en el análisis de estos niños desempeñó una función de amparo en tanto los fortaleció en su capacidad de desempeñar las funciones parentales, de sostén y corte. En los casos estudiados, está consignado el abordaje de los padres en entrevistas (B, C y D) y son claras las modificaciones que produjeron y cómo colaboraron en las transformaciones de los niños. En A y en E no aparece especialmente descrito el trabajo con los padres. Pensamos que esto puede estar relacionado con que son materiales más antiguos, pertenecientes a una época de predominio kleiniano, muy centrado en el mundo interno del niño y su fantasía. Progresivamente, el abordaje de lo vincular fue desarrollándose y los padres incluyéndose en los tratamientos.

Asimismo, en los materiales clínicos encontramos una forma particular del desamparo: el del exceso, que marca el desborde en el psiquis-

mo y el cuerpo del niño. Exceso que puede estar vinculado a emociones poco elaboradas en los padres, sin mucha simbolización, que aparecen como aspectos en bruto en el psiquismo del niño, vehiculizados a veces por conductas perturbadoras como el abuso sexual. Esto produce efectos sintomáticos, como conductas desorganizadas o dificultades alimentarias.

VIVENCIAS DE DESAMPARO EN EL CONTEXTO DE PARES. Una vivencia de desamparo diferente es la que surge vinculada a la experiencia de sentirse excluido en el vínculo con los pares, experiencias que quedan más ligadas a la conflictiva edípica subyacente que a fallas tempranas. Pensamos que este tipo de vivencia de desamparo podría ser central en la etapa de la latencia, en la que la capacidad para integrarse a grupos sociales de pares cobra una función estructurante psíquica en tanto primera salida exogámica.

El analista, mediante su capacidad de acoger y contener los aspectos más dolorosos y destructivos, interpretar las fantasías inconscientes y coconstruir un modo de relacionamiento diferente, cumple con una función de amparo que se vuelve estructurante. Se presentan cambios en la capacidad de contener la angustia y las defensas que se ponen en juego en el paciente, visibles especialmente en las separaciones durante el tratamiento, habilitando nuevas capacidades para el futuro.

Angustia y género

En todos los casos, el trabajo analítico colaboró en la transformación de la vivencia de ser niña o varón, y se logró un sentimiento de identidad sexual más firme.

A se transforma de una niña «mala» que se desconectaba defensivamente del mundo en una nena que puede construir su ser femenino junto con el progresivo espesor de su psiquismo.

B, la nena contraria y enojada, evoluciona en el análisis a sentirse la «nena más linda del mundo».

C transita desde identificarse con un amasijo de trozos de papel y cinta adhesiva a representarse como una «mariposa multicolor» que vuela hacia el futuro.

D, que se sentía un «extraterrestre», puede preguntarse quién es, surgir como un sujeto distinto, un «árbol precioso», identificándose con una figura masculina.

E, invadido al inicio por una vivencia de «cabeza rota» impedida de simbolizar los aspectos destructivos, llega hacia el final del análisis elaborando poesías con un alto grado de simbolización, que lo representan fuerte y lleno de vida.

Una particularidad que encontramos en los varones es que aparecen concomitantemente angustias muy primarias de desmembramiento junto con importantes angustias de castración. En ambos, el mostrarse como nenos parece ser un recurso defensivo que cumple la función de proteger lo masculino en ellos. Las fallas en las funciones parentales, padres que erotizan, padres que abandonan, padres que no limitan, dejan en un particular desvalimiento al niño, que vive las peripecias de la sexualidad infantil y la progresiva construcción de la identidad sexual, echando mano a defensas que alienan su ser varón.

En el caso de las niñas, encontramos que las analistas hacen énfasis en el trabajo sobre el vínculo madre-hija, en particular las vivencias de indiferenciación y desencuentro. A es rechazada por la madre. Es vista como mala y «no soportable», vivencia con la que la niña se identifica. B no quería tener el pelo como su madre, era «contraria», posiblemente para «evitar» identificaciones femeninas que implicaban un cariz mortífero transgeneracional. Para C separarse era como quedar sin piel, sentía que la madre no deseaba su «separación», lo que afectaba sus posibilidades de «crecer».

Hemos realizado un trayecto desde el campo analítico en el que nos hemos preguntado si niñas y varones enfrentan de manera diferente el desamparo. En los casos analizados, nos encontramos con diferencias en las vivencias de unos y otras. En los varones parece predominar el derrumbe, mientras que en las niñas, junto con similares vivencias de derrumbe que por momentos invaden el campo, el desamparo también se relaciona con una dependencia de la valoración y el reconocimiento del objeto.

Nos preguntamos si estas diferencias que encontramos entre niñas y varones a nivel de la clínica individual pueden ser representativas a nivel general. La respuesta a esta pregunta requeriría de investigaciones de otro orden. ♦

RESUMEN

Esta es la tercera publicación de nuestro Grupo de Investigación Clínica en Psicoanálisis de Niños en torno al lugar de la sexualidad infantil. En esta ocasión tomamos el par amparo-desamparo y, enmarcando nuestra investigación en el estudio de caso único, tomamos los trabajos presentados para acceder a Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay que ya veníamos trabajando, y adicionamos otros materiales de otras instituciones psicoanalíticas. Nuestra transmisión en anteriores publicaciones se centró en la reflexión sobre el material de tres niñas y dos varones en relación con este aspecto.

El par amparo-desamparo se desplegó ante nosotros a lo largo de la escritura transmitida por los analistas de estos niños. Pensamos que las vivencias de desamparo resignifican el desvalimiento inicial, y vuelve a ser necesaria la presencia de otro- analista que sostenga y cuide –ampare– para poder sobrevivir.

Intentamos acercarnos a los aspectos de amparo-desamparo de los padres, expresados tanto en el material de los niños como en las imprescindibles entrevistas de los analistas con ellos, en el contexto de pares y en relación con la angustia y género, y sus transformaciones a lo largo del proceso de análisis.

Descriptores: INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA / IDENTIDAD SEXUAL / DESAMPARO / SUBJETIVACIÓN / PSICOANÁLISIS DE NIÑOS / LATENCIA / IDENTIFICACIÓN / MATERIAL CLÍNICO

Descriptor candidato: STRUCTURATION PSÍQUICA

SUMMARY

This is the third publishing on the role of child sexuality of our Group on Clinical Investigation in Child Psychoanalysis. On this occasion, we have dealt with the pair protection-helplessness, and, setting our investigation in the study of the sole case, we worked on the papers presented by candidates of the Uruguayan Psychoanalytic Association to become Associated Members, adding materials of other psychoanalytic institutions. In our previous publishing, we focused on the cases of three girls and two boys on this topic.

We observed the pair protection-helplessness while reading the cases of these children written by their analysts.

We think that the feelings of helplessness re-signify the primary helplessness, and the presence of the other-analyst who holds and takes care -protects-, is needed to survive.

We try to face some aspects of protection-helplessness in the parents, which express themselves in the children's either sessions or the necessary appointments of analysts with them, in contexts with their peers and relation to anguish and gender and the transformations along the process of analysis.

Keywords: SCIENTIFIC RESEARCH / IDENTITY SEXUAL / HELPLESSNESS / SUBJECTIVATION / PSYCHOANALYSIS OF CHILDREN / LATENCY / IDENTIFICATION / CLINICAL MATERIAL

Candidate keyword: PSYCHIC STRUCTURING PROCESS

BIBLIOGRAFÍA

- Altmann, M. (coord.) (2015). El trabajo con la sexualidad infantil y su función estructurante en niños latentes. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 120, 153-174.
- Altmann, M. (coord.) (2017). Observando la construcción de la identidad sexual en tres niños latentes. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 125, 141-179.
- Bion, W. (1975). *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1962).
- Cubría, F. y Rebella, G. (2014). *La sexualidad infantil como fuerza en la elaboración del duelo en la infancia*. (Inédito).
- Fernández, A. (2014). ¿La familia en desorden o un nuevo orden para la familia? Trabajo presentado en el 8° Congreso de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo.
- Ferro, A. (1998). *La técnica en el psicoanálisis infantil. El niño y el analista: De la relación al campo emocional*. Buenos Aires: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1976a). Conferencia 21. Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 16, pp. 292-308). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1916).
- Freud, S. (1976b). Conferencia 32. Angustia y vida pulsional. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 22, pp. 75-104). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1932-1933).
- Freud, S. (1976c). El sepultamiento del complejo de Edipo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 19, pp. 177-188). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1924).
- Freud, S. (1976d). Inhibición, síntoma y angustia. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 19, pp. 70-163). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926 [1925]).
- Freud, S. (1976e). Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 7, pp. 109-223). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Hornstein, L. (1988). *Cura psicoanalítica y sublimación*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Klein, M. (1967). La técnica del análisis en el período de latencia. En M. Klein, *El psicoanálisis de niños* (pp. 75-94). Buenos Aires: Hormé. (Trabajo original publicado en 1932).
- Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (1971). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Labor. (Trabajo original publicado en 1967).
- Lasa Zulueta, A. (2010). Logros y fracasos de la latencia como parámetro del diagnóstico clínico. *Psicopatología y Salud Mental del Niño y el Adolescente*, 16, 21-28.